

Andrés Gallardo Ballacey es Profesor de Castellano y Doctor en Lingüística. Se ha desempeñado como académico en la Universidad Católica de Chile, en la Universidad de Chile, en la Universidad de Nueva York en Buffalo, EE.UU., y en la Universidad de Concepción. Es Miembro de Número de la Academia Chilena de la Lengua e Individuo de la Real Academia Española en la clase correspondiente en Chile.

Su trabajo intelectual se reparte entre la Lingüística y la Literatura. En el ámbito lingüístico, su interés se centra en la dimensión cultural del lenguaje y en la gramática castellana. Es autor de numerosas publicaciones sobre planificación lingüística, sobre la formación de la identidad lingüística en Hispanoamérica y sobre lo que él denomina "lingüística del poema", indagación acerca del potencial del lenguaje poético como forma de conocimiento.

En el plano literario cultiva la novela y el cuento. En 1989 fue distinguido con el Premio Municipal de Arte de Concepción. Entre sus obras están *Historia de la Literatura y otros cuentos* (Concepción, 1982); *Cátedras paralelas* (novela; Lar, Concepción, 1985), *La nueva provincia* (novela; Fondo de Cultura Económica, México, 1987); *Obituario* (relatos breves, Fondo de Cultura Económica, Chile/México, 1987) y *Las Estructuras inexorables del parentesco* (cuentos; I. Municipalidad de San Pedro de la Paz, Concepción, 2000).

NAL DE CHILE





908195

11/017-51





Tríptico de Cobquecura

Andrés Gallardo

©Andrés Gallardo ©Liberalia Ediciones Ltda. Avda. Italia 2016 Teléfono: 3438432 liberalia@liberalia.cl Santiago de Chile

Registro de Propiedad Intelectual Nº 161.863 I.S.B.N. 978-8484-32-3

Edición a cargo de Berta Inés Concha y Paloma Castillo Diseño y diagramación: Paloma Castillo Impresión: Gráfica LOM

Mayo de 2007

Fidel Sepúlveda Llanos,
estas historias le entrego:
que las acepte le ruego.
Usted sembró en sus hermanos
fervores cobquecuranos
y yo, querido Fidel,
hoy escribo, no en papel
sino en la piedra más dura
"no hay Fidel sin Cobquecura
ni Cobquecura sin él".

Fried Sepidocala Llamos,
ossas historius le entrego:
que les acepte le mego.
Used sembré en sus hermanos
fersores cobquecumus
y pe, querido Fidal,
hoy escribo, no en papel
suos en la piedra más dura
'no hay Fildel sin Cobquecues
ed Cobquecues sin d'

Andrés Gallardo: Los yacimientos de la lengua

El corazón de escritura (...) es posible imaginarlo como la caja roja del escritor: allí donde están encerrados pasado, sexo, biología, familia, inconsciente, moviendo sus tentáculos como un cangrejo para apoderarse de lo que haya disponible en los yacimientos de la lengua...¹

Este "pórtico" para el *Tríptico de Cobquecura* no es un estudio, sino más bien una invitación. Lo comienzo recordando las carcajadas de los amigos que lo leen, a mi lado, en pantalla, al encontrarse con un personaje principal que responde al nombre de Alzheimer, a un ciego al que llaman Ojo, a varias señoritas de buen ver y de comportamiento osado pero discreto, cuyo nombre es siempre Silvia y cuyos apellidos (compuestos: Marcó del Pont, por ejemplo) tienen siempre las mismas iniciales... Estas tres historias tienen en común algunos personajes secundarios y un paisaje, el de un pueblo costero del sur, "un enclave chilote dentro del país", lugar real y mítico a la vez. En él se desarrollan las tramas de las tres, lo que el mismo narrador llamaría su funcionamiento; tras ellas, un trasfon-

¹ Héctor Libertella, *Ensayos o pruebas sobre una red hermética*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990, p. 21.

do en que se destaca su centro "emotivo" o erótico, el del jugueteo de los lobos de mar en La Lobería, una suerte de "bajo continuo", de pálpito musical, de corriente sensual, que aflora y se explicita en tres narraciones de argumento distinto.

¿Cómo se ama en Cobquecura? La pregunta es atarantada. La pongo entre paréntesis, mientras sigo pensando en este libro. Habría que preguntar primero cómo se vive, qué cosas importan en Cobquecura, qué cosas distinguen este paisaje a la vez natural y humano. Es lo que se va desenredando de a poco en las historias. Hay un ritmo en ellas, una especie de deleite en tiempos diferidos, en conversaciones que no lo dicen todo, en astucias de los diálogos entre las personas, en miradas oblicuas de los personajes y también del narrador. Éste es cobquecurano, aunque sea por adopción, porque cuenta desde las convenciones de Cobquecura, las que acompaña fiel aunque irónicamente. (Las par-odia, pero también las par-ama, podría decirse con ese guión tan ochentero.)

No tema el lector encontrarse con narraciones criollistas en este libro. Alguno de sus personajes recurre a *Zurzulita* para consolarse cuando lo ponen en penitencia erótica, es cierto, pero la novela se olvida cuando terminan el ayuno y la abstinencia. También es cierto que algún otro personaje, Norita Albornoz, se entrega a "la más desenfrenada retórica" cuando se trata de describir paisajes. El narrador se aprovecha: puede entonces jugar a gusto con formas de contar, incluir párrafos enteros en que va, muy tiernamente, parodiando... El lector va con él, riéndose de sí mismo y de la literatura. Las referencias al criollismo o al costumbrismo quedan a años luz de la experiencia de lectura de los libros de Andrés Gallardo. Los arrebatos criollistas de Norita Albornoz, lo dice ella misma, son orales; si se escriben se petrifican y mueren; es el suyo un arte de lo efímero. En el libro, es un recurso, no una tónica. Ni criollista ni

neocriollista ni nada, pero sí tal vez "regionalista", como dijo alguna vez, este autor es en la narrativa chilena una sorpresa permanente. Autor de dos novelas, *Cátedras paralelas y La nueva provincia*, y de volúmenes notables y difíciles de clasificar, como *Obituario* y *Las estructuras inexorables del parentesco*, entre otros, ninguna de sus obras ha tenido en Chile una difusión adecuada, a pesar de los elogios de la crítica. Corre el riesgo, como Juan Emar, de ser permanentemente redescubierto. Su escritura es inesperada, fácil de leer pero difícil de integrar en cánones preexistentes; habría que inventar para ella un rótulo periodístico del que todavía carecemos.

Lo inesperado está en la escritura. Como nadie actualmente, Andrés Gallardo explora "los yacimientos de la lengua" en Chile, los entramados que han ido recogiendo una experiencia particular, los sustratos lingüísticos, las capas geológicas de nuestras hablas nacionales. Su material de trabajo está en el inconsciente lingüístico de los hablantes chilenos. Hay quien dice que el inconsciente no es lo que está en las profundidades ni en las intimidades, sino lo que está ahí, patente, y que no nos permitimos ver. Estas narraciones pueblerinas y risueñas trabajan con ese inconsciente, estructurado como una reserva lingüística chilena. Las frases hechas, las expresiones repetidas, los modos de decir, las formas de cortesía —todo lo que está codificado y fosilizado— son los indicios y las pistas. El lector se ríe mucho, sobre todo de sí mismo, porque va reconociendo y reconociéndose en este ir y venir de palabras; reconociendo lo que creía olvidado, sorprendiéndose de su propia capacidad de reconocer, sorprendiéndose de la profundidad de estos "yacimientos" y de lo revelador que puede ser recorrerlos casi sin darnos cuenta, a medida que se nos van contando las historias.

La escritura de Andrés Gallardo no sirve tanto para identificar el habla de regiones de Chile ni de zonas geográficas. Sirve sobre

todo para otra cosa. Hace un mapa lingüístico sumamente preciso, irónico y también entrañable del sistema de antagonismos —de clase, de género, de edad, y quizás cuántos más— que funciona inconscientemente en Chile, con algunas particularidades propias de la gente de Cobquecura, es decir de un Chile profundo que sorprendentemente aún llevamos dentro. Lo que se ve allí es el funcionamiento de redes sociales, de "estructuras inexorables de parentesco" dentro de las cuales estamos todos, incluso el narrador. Cuando se trata de describir ese sistema, la antropología o la sociología aparecen como mallas de análisis harto bastas, como si por entre sus espacios se escapara todo lo importante. Los relatos de Gallardo tienden la más fina de las redes, trabajan pero sobre todo juegan con el lenguaje que constituye el contenido latente de nuestra convivencia: eso que no sólo hablamos, sino que también habla a través de nosotros, sin que nos demos cuenta las más de las veces. Verlo sobre la página escrita produce efectos que comienzan por la risa, pero que no se agotan en ella. Estamos jugando, pero hay quien dice que jugar es lo más serio que puede hacer una persona.

Vuelvo a mi pregunta atarantada. ¿Cómo se ama en Cobquecura? En lo más misterioso, el erotismo del pueblo tiene que ver con la noche, con el libre juego de los lobos de mar, con la piel desnuda a la luz de la luna, con una mirada codiciosa de unos ojos que se esconden, con el fulgor de la carne, con la plenitud de la vida de quienes vuelven de largas horas asoleadas en la playa. Entre ese erotismo y los personajes se interponen densas redes sociales, innumerables reglas generalmente tácitas, cantidades de recuerdos en su mayor parte rencorosos (Cobquecura es pueblo chico), afanes de respetabilidad, necesidades de aparentar y otros tantos ingredientes de un infierno grande. Sin embargo, el sustrato de poesía algo pasada de moda, de canciones populares como el bolero y el tango, de

frases hechas, de lecturas, suscita súbitos entendimientos y afinidades, exorciza rencores y promueve un reencuentro. En Cobquecura, sugiere este libro, un asado entre amigos o una fiesta municipal son más de lo que son, y se vuelven instancias míticas de reconciliación, de restablecimiento de lazos y de pertenencias. Instancias de afirmación de comunidad, en ritos y códigos reconocibles; algo así como instancias capaces de suspender la mezquindad, que con características también muy chilenas es observada de cerca, risueñamente, a lo largo de estas páginas.

Se queda uno pensando con este libro. Parece ir en sentido contrario al de la internacionalización, al aura de producto intercambiable y exportable que suelen adquirir —industria editorial mediante— muchas narraciones chilenas actuales. Podría ser, en ese sentido, un desafío para la crítica literaria, pero también para otros estudios sobre lo chileno. Podría ser que este notable trabajo de Andrés Gallardo, con todo lo que nos divierte, haga mucho, muchísimo, por visibilizar los códigos que los chilenos tenemos en común y que él rastrea, como nadie, en un vasto inconsciente estructurado a la manera de un lenguaje en el que nos vamos reconociendo línea tras línea. Podría ser que en ese lenguaje se reencuentren los repliegues de una experiencia que jamás podría ser traducida a una especie de esperanto internacional. Podría ser. Y también, en los afectos, este ars amandi pueblerino podría ser un desarrollo notable de los versos de Fidel Sepúlveda sobre el pueblo: "En un marco de aspereza/ hay un cuenco de dulzura/ y un rescoldo de amargura/ en tu curva gentileza".

> Adriana Valdés Santiago, marzo de 2007

LA PIEL DEL OJO (El verano de 1992 en Cobquecura) LA PHIL DEL OJO
(El verano de 1992 en Cobquecura)

Entonces si que andaban las simples zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra.

(Don Quijote; I, 11)

LA VILLA DE COBQUECURA tiende su gracia apacible, de hecho más rural que marina, junto al Mar del Sur de Chile, a la altura de Chillán, entre la colina del Calvario y el islote rocoso de La Lobería, donde bulle sin cesar una colonia de lobas y lobos de mar. Durante todo el mes de enero y parte de febrero (y para qué decir durante las fiestas de la Candelaria) el pueblo, con la afluencia de veraneantes, de devotos, de habitués y de oportunistas, se convierte en un bullidero que puede llegar a ser incomodante. El resto del año ya es otra cosa. El cielo azul, las calles plácidas, las vegas fértiles, la fuerza del mar, La Lobería, los recuerdos, la buena amistad, el estupendo vino pipeño, ciertas inquietudes, hacen que el resto del año la vida en Cobquecura sea ciertamente otra cosa, como para pensar en cambios definitivos de residencia.

En la costa de Cobquecura la pendiente es muy pronunciada,

el oleaje es siempre intenso y el mar mismo, aunque límpido, es particularmente frío. Así, la playa de Cobquecura no es apta para el baño; es playa solanera y ambiental. Alrededor del roquerío de La Lobería, solamente las lobas y lobos de mar nadan constantemente, o más que nadar vuelan, entre las olas y la espuma, haciendo de la natación humana una mala parodia de la gracia y de la vitalidad, y de los bañistas, tristes payasos torpes.

Y, sin embargo, esta historia debe abrirse con una muchacha que se bañaba en la playa de Cobquecura, frente a las rocas de La Lobería. Más aun, se bañaba de noche y, para más remate, desnuda. (Hay que imaginarse a esta niña morena y ágil nadando a la luz de la luna, su cuerpo mojado, oloroso, escurridizo, sólido, entreverando su gracia entre las sorprendidas lobas de mar, que a esa hora cazan corvinas y lenguados o, simplemente, también se bañan por el puro gusto de sentir el agua salada deslizarse entre sus vitalidades).

Esta niña que se bañaba desnuda por las noches de verano frente a La Lobería no era una irresponsable desaforada ni una exhibicionista. En primer lugar, por algo se bañaba de noche. En segundo lugar, se bañaba sola, esto es, cuando no se veía a nadie por los alrededores. (Que alguien se escondiera entre los matorrales o entre las dunas para mirarla ya no era culpa de ella). En tercer lugar, por razones de seguridad se amarraba de la cintura con una cuerda de nylon blanco, que por el otro extremo ataba a una estaca de fierro clavada en la arena, aunque esto no le permitiera alejarse demasiado de la orilla. Y en cuarto lugar, en Cobquecura no hay vampiros. (Alguien alguna vez quiso insinuar que había vampiros de mar, pero todo el mundo entendió que se trataba de una broma de mal gusto). Está, pues, claro, que el nocturnal baño de la niña morena y ágil era más placentero y estético que deportivo o higiénico, por lo

que pudo ir adquiriendo estatura mítica, hasta llegar a convertirse en una necesidad cobquecurana. Por todo ello (y por razones que se verán más adelante), esta historia tenía que comenzar aludiendo a su obsesiva presencia.

* * *

Esta historia comienza en Cobquecura, una noche de mediados de febrero del año 1992, cerca de La Lobería; se abre, precisamente, mientras la niña morena y ágil se baña desnuda, dejando que admiremos (desde unos matorrales) la gracia de su cuerpo resplandeciente y lejano, y mientras, en el pueblo, un señor de mediana edad se dirige por calle Independencia hacia la plaza, con el ritmo tranquilo del que sabe a donde va.

En fin, todas sus conversaciones son como en los libros de los referidos poetas.

(Don Quijote; II, 16)

A MEDIADOS DE FEBRERO DE 1992, en Cobquecura había un solo teléfono público. Estaba —y todavía está— en una esquina de la plaza, frente a la Parroquia. Los cobquecuranos son muy comunicativos y normalmente hay alguien hablando por ese teléfono, o esperando poder hablar, de modo que es necesario tener paciencia. Los cobquecuranos son también muy tolerantes y dejan sin hacer gestos de impaciencia que los habladores digan todo lo que tienen que decir y que se despidan tranquilos.

Esa noche de mediados febrero de 1992, Alzheimer llegó junto al teléfono y había sólo una persona hablando. La señora Isolda Cárcamo le contaba a una prima de Chillán acerca de los pormenores de la fiesta habida en el pueblo un par de semanas antes, con motivo de La Candelaria. Alzheimer dejó que las primas administraran el ritmo y el rumbo de su charla, dejó que se despidieran con diversas glosas a los hechos que ya habían comentado y con nuevos saludos para los respectivos parientes, e incluso, una vez terminada

la conversación, se dio unos minutos para dialogar con la señora Cárcamo. La señora se disculpó por haberse demorado tanto en el único teléfono público, pero explicó que hacía mucho tiempo que no conversaba con la Hortensia y había mucha información pendiente. Alzheimer la tranquilizó y le dijo que estaba muy bien, que por él no había problema, y que, cuando se pasa el tiempo sin hablar con la parentela o con los amigos, se junta siempre mucho que contar, de modo que la situación era plenamente comprensible y que, además, no había urgencia. La señora Cárcamo se retiró informada y tranquilizada, además de confirmada en su buena opinión acerca de Alzheimer.

Alzheimer, entonces, procedió con toda calma a hacer su personal llamada. Marcó el número que correspondía y se estableció la aparentemente poco sustanciosa interacción que ahora se transcribe y que, en la práctica, señala el comienzo funcional de esta historia (así como la niña morena y ágil bañándose desnuda en el mar señalaba el comienzo emotivo):

- -;Aló?
- —¡Aló!
- —Aló, ¿Ojo, eres tú?; bueno, aquí habla Alzheimer, desde la plácida ciudad de Cobquecura.
- —Ah, Alzheimer; sí, aquí, efectivamente, habla Ojo, desde la culta ciudad de Concepción.
 - —Hola, Ojo.
- —Hola, Alzheimer.
- —¿Cómo estás, Ojo?
 - —Yo estoy bien. ¿Y cómo estás tú, Alzheimer?
 - -Sobrio.
- —Qué bueno. Yo también estoy sobrio.
- —Excelente, edificante. Bueno, hace tiempo que no te veo.

- —Y yo no te he visto nunca.
- —Perdón, no quise decir eso.
- —Perdón, yo sólo quería recordarte que soy ciego.
- —Ya lo sé, Ojo; tampoco quise decir eso.
- —¿No quieres decirme que soy ciego?
- —No, no, o sea, no es eso; si ya sé que eres... Ojo, ¿por qué crestas me presionas, por qué te gusta hacer que me sienta mal?
- —Perdona.
- —Perdona tú, pero siempre me sales con esa maldad. ¿Crees que no sé que eres, bueno, que eres eso?
 - —Ciego.
 - —Eso mismo.
- —Ciego.
- —Ojo, si seguimos así no vamos a llegar a ninguna parte, así es que cortemos el juego. Bueno, te estoy llamando desde Cobquecura.
- —Mítica tierra.
- —Sí, señor, mítica tierra. Te estoy llamando desde Cobquecura para insistirte cordialmente en que vengas a verme.
 - —Maldito seas; sabes que no puedo verte.
- —Maldito seas tú. Con toda cortesía te quiero decir que insisto en que me gustaría que vinieras a visitarme. Ya casi no quedan veraneantes en Cobquecura, está todo tranquilo, no hace frío, hay buenos mariscos, tengo buen vino, tengo ganas de verte.
 - —Eres muy amable.
- —Sí, señor; soy muy amable. Soy muy paciente, soy demasiado paciente, maldito psicópata. Te estoy invitando amablemente a mi casa en Cobquecura para que compartamos unos días. Si quieres vienes, y si no quieres, no vienes, me da lo mismo, pero yo te estoy invitando a que vengas. ¿Quieres venir o no quieres venir?
 - —Sí quiero ir. De hecho, aunque no lo creas, te iba a mandar

un recado para decirte que ahora me gustaría ir a pasar unos días en tu casa en la mítica Cobquecura. Si quieres salgo mañana mismo.

- -Excelente. ¿Quieres que te vaya a buscar?
- —No será necesario. Sucede que quiero ir acompañado.
- —¿Y de quién?
- —¿De quién quieres que sea? De mi devota Norita Albornoz.
 - -; Todavía estás con ella?
 - -Es que la amo con todo mi corazón.
- —¿En serio que todavía estás con ella?
- —¿Quieres censurarme mis cálidas compañías?
- —No; es decir, bueno, tú tienes derecho a andar con quien se te dé la gana. Sólo te preguntaba si todavía estabas con ella.
- —Bueno, sí; todavía estoy con ella y ella todavía está conmigo y queremos ir juntos a Cobquecura. ¿Hay alguna oposición?
 - -No, por mi parte, no.
- —Quizás tu legítima esposa se opone, y de ahí tu personal reticencia. A propósito, ¿todavía estás con Aída Martínez?
 - -¿Por qué preguntas huevadas?
- —Sólo te estoy preguntando si todavía estás casado con tu legítima esposa.
 - -¿Y por qué no había de seguir casado con Aída Martínez?
 - —Eso es lo que yo estoy preguntándote.
 - —Y yo te estoy respondiendo.
 - —No, no me estás respondiendo.
 - —Sí.
 - -No.
- —Bueno. Te digo que sí, que todavía estoy casado con Aída Martínez.
 - —Qué edificante.
 - -Maldito seas.

- —Gracias, Alzheimer. Mañana llego a tu casa con mi adorada lazarilla. Ah, y no te hagas problemas por aquéllo. Dile a tu distinguida esposa que nos ponga en habitaciones separadas. Si se llegaran a presentar urgencias nocturnas, soy muy discreto, no necesito encender la luz para encontrar su lecho hospitalario, esto es, el lecho de mi lazarilla, porque no se me pasaría por la mente merodear por otros lechos, para qué decir lechos de señoras casadas.
 - —Maldito seas.
- —Llegaremos mañana a la hora de almuerzo. Ten preparada una garrafa de vino pipeño de uva Italia no refrigerado pero no tibio. La corvina me gusta asada al horno, con cuerito, y los piures también me gustan asados. Las papas me gustan cocidas sin cáscara, y con mayonesa hecha en casa, de huevos de campo, pero con aceite de oliva y un toque de ajo. Las empanadas de mariscos me gustan sin ají, pero jugosas, y me gusta el pebre con mucho cilantro. Los ciegos tenemos muy desarrollado el sentido del olfato.
 - —Bueno. Entonces hasta mañana.
 - —Hasta mañana.
- —Saludos a Norita.
 - —Mis respetos a tu distinguida esposa y a tu descendencia.
 - —Gracias.
- —No hay de qué. Ah, no es indispensable que el asado sea de chancho; puede ser de cordero.
 - —Eres muy considerado.
- —Así es; la tolerancia me chorrea. Claro que si hay longanizas, tú no tienes obligación de comer.
 - —Lo tendré presente.

Tal fue la aparentemente poco sustanciosa conversación que, como se dijo, da inicio funcional a esta historia, la cual, por cierto, va a ir adquiriendo más sustancia una vez que se den a conocer ciertos hechos.

No puede ser que haya caballero andante sin dama; porque tan propio y tan natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas, y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halle caballero andante sin amores.

(Don Quijote; I, 13)

A OJO LE GUSTABAN MUCHAS COSAS de Norita Albornoz. No es bueno ir emitiendo juicios apresurados, pero la verdad es que la Norita era de esas mujeres a quienes había que ir conociendo para ir hallándole todas las gracias. Una de las gracias que Ojo apreciaba especialmente, y hay que ponerse en su lugar, era que Norita tenía enormes dotes para la descripción verbal. Norita era la lectora permanente de Ojo, a quien le gustaban mucho las novelas. Norita podía pasar horas leyéndole novelas a Ojo, novelas antiguas y modernas, novelas de amor, de aventuras, de complicaciones (las únicas novelas a las cuales Ojo les quitaba el cuerpo eran las novelas de tesis y las novelas experimentales, donde los personajes no se enamoran ni tienen ilusiones o frustraciones sino, a lo más, horrendos vicios, que normalmente los autores tratan de justificar). Quizás como consecuencia de tantas de estas lecturas de novelas, a Norita Albornoz le quedó una notable afición por los paisajes. Ojo y No-

rita salían frecuentemente a pasear en auto y ella le iba comentando las características del entorno. No se conformaba con decir, por ejemplo, "ahí a la derecha se ven unos árboles"; no, ella decía "a mano derecha, polvorientos y moldeados por la brisa incesante, ofrecen su sombra unos boldos centenarios, de los pocos árboles nativos que las invasoras plantaciones de pinos y eucaliptos van dejando en pie en las erosionadas colinas de la Cordillera de la Costa". No decía "hay unos pájaros a la orilla del camino"; decía "una pareja de loicas, sus pechos cual manchas de fuego encendido entre el verde opaco de las ramas de espinos, se arrullan con emoción mientras parecen ir construyendo su nido". Ojo comentaba que, en la época de las novelas criollistas, Norita Albornoz habría dado que hablar, quizás más aun que la señora Marta Brunet, porque a la Norita no le gustaban los personajes patéticos ni los acontecimientos sórdidos, sino las historias de amores desdichados que terminan resolviéndose felizmente.

Norita se las arreglaba para conducir muy responsablemente y al mismo tiempo ir describiendo los elementos relevantes del sobrio paisaje de la Cordillera de la Costa. Ojo le acariciaba la pierna del acelerador y, al sentir que ella aceleraba un poco más, le decía, muy cívico, "si mis caricias obstaculizan la conducción, no tienes más que avisarme", y antes de que ella fuera a decir algo, agregaba de inmediato "lo que sucede es que la tersura de tu pierna es un deleite que ilumina la piel de mis manos y me permite contemplar el roce de la dicha". (Cuando estaba a solas con la Norita, Ojo solía entregarse con fruición a la más desenfrenada retórica que pueda imaginarse). Norita, por toda respuesta, sacaba la mano derecha del volante y, sin desacelerar, le daba a Ojo un tironcito en la oreja. Ojo dejaba su mano posada en la tersura ebúrnea del muslo de Norita y ella volvía a concentrarse en la conducción y luego se refería, con

notorio desdén, a los pinos y a los eucaliptos que invadían los campos, secando vertientes, degradando el suelo, raleando la flora y ahuyentando la fauna nativa. De trecho en trecho, Ojo decía "si estás cansada de conducir, detengámonos un rato y nos solazamos, tú en el paisaje y yo en la brisa fresca y en la tibieza de su presencia". Norita buscaba un recodo sombrío, detenía el auto, decía "estamos al reparo de un sauce frondoso a la orilla de un estero cristalino" y Ojo la tomaba por la cintura y durante un rato se besaban apasionadamente. Ojo, entre caricia y caricia, le decía al oído "esto es lo que me encanta del paisaje chileno" y ella suspiraba. Ojo le acariciaba los senos y le decía "Norita, no sé a qué árbol te pareces, pero ahora tienes olor a peumo y tus besos tienen sabor a maqui". Y ambos se embebían sin reticencias en el regusto del sólido paisaje de la Cordillera de la Costa.

Después del descanso continuaban la marcha. Norita reasumía su condición de conductora lúcida y se quejaba de la precariedad de los caminos de Chile; decía "con estos caminos no hay vehículo que pueda durar, con estos caminos no hay turismo posible". Ojo le decía "nosotros somos turistas" y ella se molestaba un poco y le decía "esto es completamente distinto, los turistas pasean por pasear; nosotros somos de Concepción y no andamos en plan de turistas, vamos a Cobquecura a visitar a unos amigos" y agregaba, lexicográfica y pedagógica, "nosotros somos viajeros y no turistas, y si nos dejamos embeber en el paisaje, es por un verdadero compromiso telúrico". Ojo asumía en silencio tanta precisión y continuaba muy tranquilo. De pronto, se ponía serio y algo tenso, tocaba el hombro de Norita y le decía "Norita, por favor, detengámonos un momento, si es que las circunstancias lo permiten" y Norita obedecía, tan pronto, claro está, como las circunstancias lo permitían. Ojo, entonces, preguntaba "Norita, ;puedo bajarme del auto?", y

ella decía "sí, si puedes; a tu derecha se extiende una pequeña pradera, en suave lomaje". Ojo se bajaba del auto, aspiraba la brisa y decía "Norita, pronto vas a ver el mar. Norita, yo no sé por qué, pero la cercanía del mar me emociona; la cercanía del mar, por algún motivo, me hace quererte más". Norita se bajaba del auto y se acercaba a Ojo y le decía "vamos a sentarnos en ese tronco de hualle abatido por el viento, junto a un macizo de colihues y retamillos, y sintamos juntos la cercanía del mar". Y ambos se sentaban un rato, se abrazaban; vivían la inminencia del mar, que Norita todavía no podía ver.

A veces, las más plácidas circunstancias sufren virajes bruscos. Norita, repentinamente, se puso de pie, cambió de tema y le preguntó a Ojo "oye, ¿tú crees que Alzheimer no me quiere?", y Ojo no contestó. Ella dijo "yo creo que su señora tampoco me quiere" y Ojo no contestó directamente, dijo "Aída Martínez no es persona de las que andan descalificando a los demás". Norita dijo "a veces no entiendo a Alzheimer" y sólo ahora Ojo habló derechamente, dijo "nadie entiende a Alzheimer" y agregó "vamos, Norita, que se nos puede hacer tarde para el almuerzo y a Aída Martínez no le gusta que uno se atrase". Norita alcanzó a decir "quizás no me quiere porque yo también soy profesora", pero Ojo ya estaba refiriéndose con entusiasmo casi patriótico a las empanadas de mariscos, a la corvina al horno acompañada de papas cocidas y ensalada chilena, con el continuo entrevero de vino pipeño de legítima uva Italia de Guariligüe.

Casi todo aquel día caminó sin acontecerle cosa que de contar fuese, de lo cual se desesperaba, porque quisiera topar luego con quien hacer experiencia del valor de su fuerte brazo.

(Don Quijote; I, 2)

Los escritores realistas casi siempre describen con unción poética las comidas de sus personajes; los personajes de novelas realistas suelen asimismo solazarse no sólo con la ingestión de determinados alimentos, sino con la minuciosa referencia a los mismos.

Frente a la bien dispuesta mesa de Alzheimer, Ojo hábía empezado un elogio más bien naturalista de la corvina al horno y de las telúricas papas de Cobquecura, pero Aída Martínez lo cortó casi en seco. Con desgano le representó el hecho de que él y Alzheimer y todos sus amigos, cada vez que comían, aunque fuera un pedazo de pan, tenían que ponerse a ponderar desde la blancura etérea de la harina, la devoción enaltecedora de la levadura y la nobleza de la sal, hasta el fulgor dorado de la corteza, y con no demasiada delicadeza hizo ver que esa costumbre de retorizar la comida podía llegar a ser majadera, para todo lo cual solicitó la aprobación de Norita Albornoz, que había estado más bien silenciosa durante todo el almuer-

zo. Norita se manifestó de acuerdo con Aída, evidentemente como una manera de congraciarse. Dijo que, de hecho, el almuerzo estaba exquisito, pero que, en realidad, no era necesario ponderarlo en exceso. Alzheimer explicitó su más rotundo desacuerdo con ambas damas, aduciendo que hablar con entusiasmo de la corvina al horno era tan digestivo como comer corvina al horno y, en expresión concreta de su desagrado, tomó un último vaso de vino y comunicó que se retiraba a dormir la siesta, no sin antes despedirse muy cortésmente de Ojo, quien, para no desdecir, manifestó su frustración señalando su firme deseo de retirarse también a dormir la siesta, por cierto no sin antes tomar una criolla infusión de manzanilla. Norita Albornoz no dejó pasar la inexactitud y le precisó a Ojo que la manzanilla no era nativa de Chile, sino de la cuenca mediterránea y Aída Martínez corroboró con firmeza tal precisión. Ojo, entonces, dócilmente, pidió una agüita de cedrón. Aída le informó que el cedrón tampoco era originario de Chile, sino también mediterráneo, donde se llama verbena. Ojo pidió llantén. Norita le dijo que el llantén también era de origen mediterráneo, que en latín se llamaba plantaginem. Ojo, entonces, con gran dignidad pidió bailahuén. Aída y Norita se horrorizaron, pero Ojo exigió una agüita de bailahuén, hierba sin lugar a dudas autóctona, estomacal, liberadora de tensiones intestinales y de efectos milagrosos sobre la función hepática, pero ante la negativa implacable de las damas transó en un último vaso de vino.

Alzheimer, antes de retirarse, había dicho "voy a dormir unos veinte minutos". Ojo asumió un más cauto realismo:

—Yo me voy a tender un rato, no más de una hora—, y se retiró lo más decorosamente que pudo.

Algo después de las seis de la tarde, Alzheimer y Ojo, juveniles, fragantes, peinados y nuevamente optimistas y bien dispuestos, aspiraban la fresca brisa marina y consideraban los hechos de la vida sentados en un banco frente a la casa de Alzheimer. Sacar sillas a la calle es costumbre muy civilizada, que se practica en lugares sólidamente urbanizados, como Nueva York, Barcelona, Nápoles o Cobquecura. Aída Martínez y Norita Albornoz, en la cocina, tomaban mate y también comentaban de modo generalizador algunos de los hechos de la vida. Norita hacía esfuerzos muy dignos para amistarse con Aída y Aída se dejaba querer.

Ojo y Alzheimer conversaban de temas muy sólidos y concretos. Alzheimer le explicaba a Ojo las ventajas de asentarse en Cobquecura.

- —Lo bueno de este lugar es que uno se sienta a la puerta de su casa a ver pasar a la gente y todos lo saludan por su nombre. Además, a mí me saludan con cierto respeto mítico porque saben que escribo en los diarios. Qué te parece.
- —Me parece muy saludable ser el centro del respeto mítico de los habitantes de Cobquecura. Supongo que te dicen doctor Alzheimer.
- —No, eso sí que no; me dicen señor Alzheimer, o don Alzheimer, o profesor. Aquí los únicos doctores legítimos son los que curan enfermos.
- —Me parece igualmente saludable, don Alzheimer.
 - —Gracias, don Ojo.
 - -;Y las damas cobquecuranas cómo lo tratan, don Alzheimer?
- —Las damas cobquecuranas son muy respetuosas, me tratan de caballero. Y hablando de damas cobquecuranas o avecindadas, Ojo, te aviso que dentro de medio minuto va a pasar frente a nosotros una morena culona espectacular. Está vestida con una túnica negra, que remite a sus evidentes antepasados africanos, cosa rara

por estos lados. Ojo, aquí viene; siente su ritmo, oye sus pasos, aspira su perfume, percibe su energía yoruba.

- —Óptima, pero no es yoruba; sin duda tiene remotos antepasados masai. Lo digo por la manera de caminar. Siente como avanza, el largo de sus pasos y la forma como apoya los pies en la tierra, cimbreante como una jirafa, alerta como una cebra, segura como una elefanta matriarcal, lúcida como una cobra, frágil como una gacela, impredecible como una hiena, obedeciendo al ritmo de un tamtam en la noche llena de panteras. Masai, definitivamente masai. Las chilenas autóctonas no sudan con ese entusiasmo agresivo. En el sudor de esta morena cualquiera puede naufragar como en un océano ardiente. Oye, ¿por qué no me dijiste que tenía esos senos duros y airosos?
- —Es que no me fijé en detalles; estaba sumergido en la inmensidad misteriosa del océano.
- —Por supuesto, la inmensidad bullente del Océano Pacífico apabulla a cualquiera. ¿Y de dónde será, digo yo? Por estos lados tan frugales no se da ese tipo de mujer exuberante.
- —No creas. Durante los siglos pasados hubo muchos naufragios de barcos piratas por estas costas. A lo mejor es descendiente de Sir Francis Drake y de una haitiana regalona. Quién te dice.
- —Puede ser; de los piratas se ha de esperar cualquier cosa. Era gente de condición insaciable. Y a propósito; oye, Alzheimer, sin menospreciar el almuerzo, ¿qué vamos a cenar?
 - —Podríamos hacer un asado.
- —¿De cordero?
- —Si así lo deseas, será de cordero. Tú eres mi huésped.
- —¿Y después piures asados?
- —Piures asados para el señor, piures crudos para un servidor.
- -;Y más vinito pipeño?

- —Bueno, ya te dije que tú eres mi huésped y es mi obligación atenderte y velar porque, entre otras cosas, no te falte el vino.
- —¿Y por qué no invitamos a cenar a la leoparda masai que recién pasó por aquí? Digo yo, para darle un toque exótico al asado.
- —Es que no es amiga mía; es amiga de don Octavio Plasencia y a don Octavio no le gusta compartirlas, le gustan para él solo. Además, habría que pedirle permiso a Aída Martínez. Si tú quieres, vas y le preguntas.
 - —Dejemos las cosas como están.
 - —Es mucho más saludable.
- —Oye, Alzheimer, ¿y por qué a ti no te gusta Norita Albornoz?
- -¿Quién te dijo que no me gustaba la Norita Albornoz?
- —Nadie tiene que decírmelo. Lo huelo. No te gusta la Norita Albornoz.
- —No seas idiota. Es una gran mujer.
- —Pero hay algo en ella que te aleja.
 - —¿Y qué quieres, Ojo? Es la mujer de mi prójimo.
 - —Ah, eres un varón virtuoso.
- —Y quizás también estoy celoso. Dime, Ojo, ¿a ti te gusta mi señora?
 - —Alzheimer, por favor. Tú también eres mi prójimo.
 - -Es que si la vieras; tiene su genio, pero se ve de lo más bien.
 - -No lo dudo. Pero a ti no te gusta la Norita Albornoz.
 - —No seas pesado. Te imaginas cosas.
 - -; Entonces por qué te incomoda que ande con ella?
- —No tengo nada contra la Norita, pero ya que tú lo mencionas, creo que exageras en tu manera de andar con ella por la calle y por todas partes, embobado como colegial.
- —Desde luego, tengo que ir con ella de la mano, para no andar tropezando; no te olvides de que soy un poquito ciego.

- —Pero no tienes para qué andar dándole besitos como colegial enamorado.
- —Eso es para que no se me vaya a perder, es una manera de mantener el contacto. Los besos, en este caso, tienen estatus semiológico; cumplen una función fática. Vamos a ver lo del asado y a comprar los piures. Ya me está dando hambre y sed.
- —Quizás necesitamos un aperitivo. Vamos a ver lo del cordero, que ya lo tengo encargado, y de pasada nos tomamos una cerveza en el Bar Central. ¿Has probado alguna vez la malta con harina tostada?
- —Ése sí que es un brebaje criollo. De dos elementos importados, se hace una fusión sincrética. Hay que anotarlo, para informarles a las damas.
 - —Y además de criollo, es un brebaje alimenticio.
- —Vamos a probarlo. Y, de paso, vamos saludando gente por la calle. Tú me soplas cómo se llaman los que encontremos y yo los sorprendo saludándolos por sus nombres. Causa muy buen efecto. Hace pensar que los ciegos tenemos dotes parapsicológicos. Da gran prestigio.
 - —Vamos.
- —Algún día me vas a decir por qué no te gusta la Norita Albornoz.
 - —Ándate a la cresta.

Al caballero andante no le queda otro camino para mostrar que es caballero sino el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés, comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador y, sobre todo, caritativo.

(Don Quijote; II, 6)

Es deber de elemental dignidad, para un caballero, no interferir en un asado al cual no ha sido invitado.

Triste cosa, sin embargo; muy triste cosa es sentir a lo lejos el olorcillo del lechón asándose lentamente, el olorcillo ése que llega hasta uno transportado por la brisa marina, que le agrega toques de algas, de espuma salada, de nocturna melancolía. Dura cosa es saberse ajeno a las risas de los amigos que celebran el mero saludable gozo de estar vivos y juntos en torno a una mesa donde reina el cordero asado, junto a la parrilla donde una percha de piures también se va asando lentamente, llamando la compañía del vino dorado de uva Italia, que bendice la buena amistad, que recompone los afectos de las parejas más distanciadas, que embellece aun más a las bellas damas. Agria cosa es no haber sido invitado a un asado donde uno hubiera querido sin duda estar. Mala cosa es estar irremediablemente solo escribiendo sobre la buena alegría del encuentro de

otros, escribiendo con desgano resentido junto al vaso de vino aguado y bebiendo casi por puro vicio. Así será la vida; qué le vamos a hacer. Salud; salud por Alzheimer y por su señora de grato recuerdo y mejor ver, salud por Ojo y por la melancólica Norita Albornoz, salud por don Lucho y por su distinguida esposa, a quienes Dios guarde muchos años para lustre de Cobquecura; salud por el también solitario don Fidel, que pese a tanto desencuentro no deja de brindar con fe por la vida; salud por el buen padre Andrés, que come y bebe y perora con el vigor de la conciencia limpia; salud por don Octavio Plasencia, que se deja querer por doña Silvia Ruiz de Gamboa y por Silvita Plaza de los Reyes; salud por La Lobería y por sus inquietantes moradores, salud por la niña morena y ágil que por las noches se baña desnuda y redefine la gracia; salud por los niños, que hartos de asado y coca cola desinflan neumáticos de vehículos estacionados en la penumbra; salud por el Océano Pacífico y por todos los barcos piratas que han naufragado junto a sus nombres en las honduras heladas, dejando sólo una estela de misterioso desasosiego y de perdurable frustración.

toda que nada fue un tiempo que les permitió desennar, con ocerse mejor enura ellas y coordinar accionar a como y mediano plazo, deiando los escurceos tentimentales para más adolante. El resto del vermo de mil novocientos nuventa y eutaro en Cobquectura fue también uno de los perfodos más essuas de que se tenga noticia en el pueblo, con alguna exerpción.

bearing the semble the particle of the semble of the sembl

Decimos I III

Dona Suum Klosco and Roser resta room la taunic tan numerous y abroprimente como había aparecido, la publicidad infançante un sociose de la empresa immobiliaria. La Loberta S.A., Propiedades deixonescio. Afamos mitanti suas despegarantes carreles de las intrallas de Computation, marion minerimas descolgaron los lienests de las calles, incluses suitas room cinerimas descolgaron los de discolars de las calles.

El venina de mil sonte traces neventra y curca en Cubquetara construes sul apart de, milanda y cainda. Los nepacios de T.a Loberta S.A. Propuedados y de los across empresas de Bienes Robes pudrama desarralismo estregamilar togras, pero um inconvenienços mos como lables fil mondel verano de mil nevenientos naventa y rustos, as Caballascata for un merapo que permitió a dista Silvia a taras des Formacion antalmentación obtener algunos ingresos, pero

RECESO CRÍTICO (El verano de 1996 en Cobquecura)

No quiso entretejer antigua historia. (Garcilaso de la Vega)

RECESO CRÉTICO (El verano de 1996 en Cobquecura)

No quiso univerge antique fromeir.
(Sercilain de la Vega)

... y cuando reyes y príncipes ven la milagrosa ciencia de la poesía en sujetos prudentes, virtuosos y graves, los honran, los estiman y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del árbol a quien no ofende el rayo, como señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honradas y adornadas sus sienes.

(Don Quijote; II, 16)

Contrariamente a lo que suele creerse, los escritores tenemos en gran consideración a la crítica literaria y tenemos en notable estima a los críticos. Muchos escritores casi casi escriben para los críticos en general, o para ciertos críticos en particular. (Ha llegado incluso a afirmarse que detrás de cada escritor hay un crítico.)

Es verdad que muy raramente los escritores se refieren de modo explícito a la crítica o a los críticos. La aparición del crítico literario en el texto del poema o de la novela es, por lo común, no más que un halo sutilmente percibido, nunca una presencia contundente, dejando de lado, claro, los casos (por lo demás poco interesantes) de diatribas o polémicas, donde los críticos aparecen caricaturizados o demonizados, o sea, deshumanizados.

Los artículos de crítica literaria ocupan, discretamente, las páginas interiores de diarios y revistas. La mayoría de los lectores hasta pasa por alto esas páginas, como desdeñando el generoso esfuerzo orientador de los críticos. Esos mismos lectores leen con atención los artículos de los críticos cinematográficos y, este último

tiempo, de los críticos gastronómicos, y se dejan llevar por sus opiniones, normalmente más frívolas y efímeras que las de sus colegas literarios. Pero cuando se cuela por entre los artículos de crítica literaria el airecillo malsano del chismorreo escabroso (y para qué decir cuando salpican la opinión pública emanaciones inesperadas de ciudadanos conocidos y respetables), eso ya es otra cosa: entonces el público lector, gracias a la crítica literaria, parece desarrollar un súbito interés en la literatura.

Todo lo anterior tiene la función de justificar el hecho de que el meollo de la presente historia gira en torno a la crítica literaria. Sus personajes centrales son entrañables críticos literarios. Se cuenta cómo, a partir de ciertos artículos de crítica literaria, se fueron generando situaciones ingratas, enemistades, reticencias, casi escándalos, pero también amores apasionados, amores de esos que hasta el escritor más pulcro no tiene más remedio que tratar de narrar llanamente, apartando del corazón y de la pluma (como se decía hasta hace poco) todo remilgo.

dejando de lado, elaro, los casos (por lo demás noco lareresantes)

—Yo sé quién soy—, respondió don Quijote-, y sé que puedo ser no sólo los que he dicho, sino todos los doce pares de Francia y aun todos los nueve de la Fama.

(Don Quijote; I, 5)

Los Días sábado, en la última página del diario Espacio, desde enero de 1981 (con una laguna entre mayo de 1987 y abril de 1988) aparecía la columna de crítica literaria Viaje del Parnaso, firmada por un tal "Odiseo". En el ambiente literario de Concepción todos sabían que "Odiseo" era el seudónimo de don Agustín Moreno, connotado profesor de Derecho Tributario, y ciertamente no de literatura, en la Universidad. Todos jugaban a ignorar esta identidad secreta y trataban siempre con afecto a don Agustín Moreno y se referían con respeto a los juicios literarios de "Odiseo". "Odiseo" criticaba especialmente textos poéticos. "Odiseo" era severo y agrio con los poetas y con los poemas. No decía, por ejemplo, "el poemario tal refleja una vacilante visión del hombre"; decía por lo derecho "los poemas de este libro son del todo olvidables, pues, a pesar de sus buenas intenciones, ninguno alcanza la solidez expresiva que se espera de una visión poética medianamente coherente". Eso sí, "Odiseo" mostraba deferencia en su severidad: jamás decía "el poeta en cuestión es un inepto, un ignorante, un fraude literario"; decía "el poeta en cuestión exhibe un precario dominio del oficio poético básico". Así, por cierto "Odiseo" se ganó enemigos literarios pero no enemigos personales. Don Agustín Moreno, por su parte, no tenía enemigos, ni personales ni literarios. Los escritores enviaban sus libros a la Secretaría de Redacción de Espacio, de donde se los hacían llegar a don Agustín Moreno, quien los leía atentamente y dejaba luego que "Odiseo" se encargara de criticarlos. Si un libro era demasiado ingenuo o insanablemente malo, tanto don Agustín Moreno como "Odiseo" lo ignoraban y no sucedía nada, pues hasta los autores más suspicaces entendían que ese silencio era una forma discreta y cordial de reconvención. Las crónicas del Viaje del Parnaso llegaron a tener numerosos lectores: desde luego, las leían todos los literatos regionales y los aficionados a la literatura contemporánea, muchos curiosos, los colegas de don Agustín Moreno y más de algún seguidor devoto de la pluma del crítico literario "Odiseo" propiamente tal, y no necesariamente interesado en la producción de los literatos locales. "El secreto del éxito del crítico Odiseo", decía don Agustín Moreno adoptando un tono impersonal y apenas irónico, "está en que el crítico lee atentamente los libros que recibe y luego se deja llevar por su buena fe, por su buen gusto y por sus conocimientos, pero sobre todo se deja llevar por su amor a la literatura y por un irrestricto respeto tanto al autor como al lector. Así escribe Odiseo sus críticas literarias".

Por lo que a "Odiseo" se refiere, hasta la interacción literaria parecía fluir con la placidez que se espera de la vida provinciana. En catorce años, las crónicas del *Viaje del Parnaso* fluyeron como límpida vertiente cordillerana.

Pero he aquí que aun la parsimoniosa dinámica de la vida provinciana tiene sus complejidades y sus vueltas.

Aconteció, pues, que el primer domingo de junio de 1995, en

la última página de Espacio, en la misma columna donde los sábados aparecía el Viaje del Parnaso, de "Odiseo", apareció otra columna de crítica literaria, llamada Sopa de Letras y firmada por una tal "Almendra Fuica". Por cierto, los lectores de la crónica de "Odiseo" quisieron leer también la crónica de "Almendra Fuica". Nadie conocía a "Almendra Fuica", de modo que se generalizó la opinión sensata de que se trataba de un seudónimo. Se dijo que, por sus hechuras algo autoritarias, "Almendra Fuica" era con seguridad la profesora de teoría literaria doña Mabel Bahamondes. Se aventuró también que, considerando su afición a los juegos verbales, tras "Almendra Fuica" quizás podía esconderse la señorita Úrsula Andrade, directora de la hemeroteca de la Biblioteca Universitaria. También se dejó entrever que, como una especie de contrapunto ingenioso, "Almendra Fuica" podía ser simplemente un alter ego de Julita Pino, redactora del suplemento infantil del diario Espacio y de conocidas aficiones librescas. Incluso se sugirió que "Almendra Fuica" no tenía por qué ser una mujer, que bien podía tratarse de una reencarnación del mítico crítico don Vicente Pastor, que algunos años antes había estremecido el ambiente literario local con sus juicios sarcásticos y, alguna aislada vez, certeros; y finalmente no faltó quien asegurara que "Almendra Fuica" no era sino otra humorada, una vez más de dudoso gusto, del profesor Gómez Marín y sus secuaces. (Gómez Marín había llegado al extremo de participar en un concurso literario con el seudónimo de "Rosita" y había ganado mención honrosa, con el consiguiente escándalo en la Sociedad de Escritores.) Estas últimas hipótesis eran rebatidas con ardor por la mayoría de los literatos, quienes daban por hecho que "Almendra Fuica" era, de todas maneras, una dama local y, sin duda, culta y sensible, si bien algo taxativamente asertiva. El debate terminó cuando la propia autora de las nuevas críticas literarias aclaró las cosas: "Almendra Fuica" era, en realidad, un seudónimo, y harto tenue, pues se trataba del nombre de pluma de doña Pomona Venegas viuda de Fuica, profesora de química en el Liceo de Niñas v pertinaz lectora. Doña Pomona hizo las aclaraciones del caso en el mismo diario Espacio, pero no en su columna literaria Sopa de Letras, sino en una simple Carta al Director, donde precisaba además "a mí me interesa la literatura, me gusta leer y me gusta escribir críticamente sobre lo que leo. A mí no me ha gustado nunca llamarme Pomona y prefiero llamarme Almendra, y lo de Fuica es un recuerdo de mi difunto esposo, que era muy lector. Ése es todo el cuento del seudónimo "Almendra Fuica", con el cual voy a seguir escribiendo mis crónicas literarias". Por esta vez, firmaba la carta como Pomona Venegas de Fuica. La crítica "Almendra Fuica" propiamente dicha, por su parte, también hizo un par de precisiones, claro que en su columna literaria Sopa de Letras: "nadie ande por ahí mirando la etiqueta sino atienda al contenido; vaya y lea mis crónicas literarias, confróntelas con los textos criticados y después opine lo que quiera, pero en todo caso deje a la profesora Pomona Venegas ganarse honestamente su vida haciendo sus clases de química, y si quiere polemizar, polemice todo lo que se le dé la gana con 'Almendra Fuica', que sabrá responder". Con esto se acalló toda murmuración y el parnaso local pareció retomar una vez más la ya mencionada dinámica de la placidez provinciana.

No del todo.

Con estas tales señoras me entierren a mí, y no con las hidalgas que en este pueblo se usan, que piensan que por ser hidalgas no las ha de tocar el viento, y van a la iglesia con tanta fantasía como si fuesen las mismas reinas, que no parece sino que tienen a deshonra el mirar a una labradora.

(Don Quijote; II, 50)

Así como "Odiseo" prefería criticar libros de poemas, las preferencias de "Almendra Fuica" se orientaban hacia la crítica misma, o sea, sus críticas eran una crítica de la crítica, eran una especie de metacrítica. Naturalmente, los primeros textos sometidos a examen crítico por "Almendra Fuica" fueron los textos de "Odiseo", pues eran los que estaban más a mano. (Incluso no se descarta la posibilidad de que la misma vocación crítica de "Almendra Fuica" hubiera despertado estimulada por los textos críticos de "Odiseo". De hecho, doña Pomona Venegas, de joven, ni siquiera había sido particularmente aficionada a la literatura; sólo después de la muerte de don Máximo Fuica encontró en las letras su mayor solaz y dedicó gran parte de su tiempo a la lectura, pero de novelas, de crónicas de viajes y, en mucho menor grado, de poemas. Sus únicas lecturas de crítica literaria eran las páginas del

diario Espacio, específicamente las crónicas de "Odiseo").

Desde un comienzo "Almendra Fuica" fue severa con "Odiseo"; las críticas de "Almendra Fuica" fueron implacables con las críticas de "Odiseo". "Almendra Fuica" partió atacando de frente: "apoyado en el hecho lamentable de que no existe otra instancia crítica estable en los medios culturales locales, durante años Odiseo se ha permitido pontificar, casi siempre de modo antojadizo, poco fundamentado y asaz frívolo, acerca de la labor de los escritores regionales. Ya es hora de ir cambiando las cosas". "Odiseo" no dijo nada en público, esto es, en el diario, que era su medio natural, y al comienzo se limitaba a ignorar los artículos de su contraparte. En cuanto a don Agustín Moreno, sólo comentó, en privado, que "como crítico responsable, Odiseo respeta el derecho de todo otro crítico a tener una opinión y a expresarla en público", y también reflexionó ante sus amigos, probablemente con la esperanza de que su reflexión llegara a oídos de "Almendra Fuica": "diversidad y tolerancia son las fuerzas que dinamizan la vida cultural y, de modo muy particular, la complejas y activas relaciones entre creación y crítica literaria".

Pese a esta tan benigna disposición de don Agustín Moreno, y pese al cauto silencio de "Odiseo", las siguientes crónicas de "Almendra Fuica" intensificaron la severidad. Refiriéndose al juicio de "Odiseo" acerca de un libro de poemas de un colectivo universitario, "Almendra Fuica" escribía: "es evidente que Odiseo no entendió una sola palabra de los poemas que dice haber leído, pero es imperdonable que haya desvirtuado de modo tan burdo el fondo y la forma de los poemas de ese libro. Sería de desear que el profesor Moreno respetara un poco más a los autores que somete a la crítica y a los lectores a quienes pretende servir de guía". Como puede verse, esto ya no era alusión, esto ya era agresión personal, pues no sólo cuestionaba la solvencia literaria del crítico "Odiseo", sino que

peyoraba las hechuras éticas del ciudadano don Agustín Moreno Rocuant. Aun así, don Agustín se aguantó, no respondió a la provocación y siguió ejerciendo su ministerio crítico como un "Odiseo" estoico, aunque sin duda más como un "Odiseo" herido.

Y "Almendra Fuica" siguió enarbolando severidades. Acusó a "Odiseo" de ignorante, de despistado, de burdo, de injusto, de ramplón, de miope, de retrógrado. De cuando en cuando dejaba en paz a "Odiseo" y volvía a atacar frontalmente a don Agustín Moreno, a quien imputaba venalidad, nepotismo, incuria, mezquindad y otros descarríos nefandos. Don Agustín Moreno, siempre estoico, maldecía en privado y callaba en público; "Odiseo", algo menos sufrido él, por toda réplica se permitía sugerir en sus crónicas la conveniencia de ejercitar serenamente la crítica literaria, apuntando a los textos mismos y no a la integridad de los autores, críticos incluidos.

Lo notable del caso es que, para bien o para mal, los sábados y los domingos el tiraje del diario *Espacio* debió aumentarse de tres mil a cinco mil ejemplares. Concomitantemente, los avisos publicitarios de la página cultural del diario cuadruplicaron su valor. El diario *El Mercurio* de Santiago inició conversaciones con *Espacio* para publicar en conjunto las crónicas literarias de "Odiseo" y de "Almendra Fuica". Como es de comprender, don Agustín Moreno se negó rotundamente; dijo "yo apenas puedo aguantar que mis crónicas y las diatribas de esa arpía se publiquen en un mismo diario de provincia, donde todos sabemos quién es quién, pero no estoy para ser humillado nacionalmente por una almendra chuñusca; no señor, simplemente no". Doña Pomona Venegas viuda de Fuica tampoco aceptó lo que consideraba que habría sido mosquearse ante todo el país; dijo "está bien que Almendra Fuica publique sus crónicas en este diario, respetable pero de circulación

regional, en la misma página que ese carcamal, pero ir a aparecer junto a Odiseo en *El Mercurio* ya es diferente; eso ya me comprometería ante Chile entero". El Director de *Espacio* solidarizó con sus colaboradores, y envió una carta abierta al editor del suplemento literario de *El Mercurio* en la cual defendía la autonomía regional y sugería que, si los lectores santiaguinos tenían real interés en leer las crónicas literarias de "Odiseo" y de "Almendra Fuica", pues que las leyeran en el diario *Espacio*, que también se vendía en Santiago y en otras ciudades de regiones. El editor del suplemento literario de *El Mercurio* no publicó la carta del Director de *Espacio* ni respondió privadamente a ella. El diario *El Mercurio* tampoco es amigo de andar polemizando por cualquier motivo, ni en público ni en privado.

—No se atenga a eso, señor—, respondió Sancho-; que le hago saber que también fue de oídas la vista y la respuesta que le truje, porque así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo.

(Don Quijote; II, 19)

Hacia fines de octubre de 1995, "Almendra Fuica" ya no ejercía la crítica a propósito de las crónicas literarias de "Odiseo"; lo que "Almendra Fuica" ejercía era la sátira desatada. "Almendra Fuica" se permitía burlarse del pobre "Odiseo", inventando desde motes semi cómicos como "buitre patético" o "plumífilo implume" hasta apelaciones descalificadoras como "lectorcillo de domingo" o "buen hombre aficionado a la literatura", "adulto mayor, pero lector menor", según sus estados de ánimo.

"Odiseo", imperturbable, continuaba jugándose a la serenidad; sin mencionar a "Almendra Fuica", cuando juzgaba oportuno escribía "la vocación de un buen crítico literario no ha de ser nunca el primer plano, sino una serena disposición a ayudar, entre bastidores, al lector en su enfrentamiento diario con la palabra poética", y dejaba entrever, recordando a su maestro don Raúl Silva Castro, "qué bueno sería que todos los críticos practicaran la vieja costum-

bre criolla de la ponderación". Don Agustín Moreno, por su parte, les comentaba a sus amigos, melancólicamente, "casi me gustaría conversar en privado con esa almendra descascarada para poder entender por qué destila tanta amargura".

Un día de mediados de noviembre, como introducción a su columna dominical, "Almendra Fuica" se refirió a los empeños de cierto profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad por conseguir los favores de cierta secretaria recién egresada del Instituto Comercial. Luego, como que no quiere la cosa, hablaba del evidente nerviosismo que evidenciaba la última crónica de "Odiseo" y de la pasión con que el crítico se refería a unos mediocres poemas, de un autor desconocido, que detallaban las escabrosas relaciones entre un profesor y una estudianta, y terminaba afirmando "aquí no hay nada personal, y al que le venga el sayo, que se lo ponga". El sábado siguiente, la crónica de "Odiseo" se dedicaba a comentar una antigua novela de Daniel Belmar en que se narra la sórdida iniciación erótica de un muchacho entre las piernas flácidas y peludas de una tía vieja. "Odiseo", por primera vez, se permitía una alusión personal, al escribir "algunas flores marchitas tienen la ilusión de revivir al solazarse entre las fogosidades mozas" y, luego de algunas reflexiones entre eruditas y filosofantes, remataba afirmando que "los sayos ajenos no siempre vienen bien". A la semana siguiente, los lectores se abalanzaron sobre la crónica de "Almendra Fuica", esperando una réplica mordaz y directa, cosa que se vio sólo relativamente cumplida, pues "Almendra Fuica" también optó esta vez por acudir a la vieja narrativa, haciendo un recuento de las constantes alusiones a la desaforada bohemia penquista que se hallan en las novelas de Daniel Belmar, en las cuales abundan los personajes derrotados, viciosillos y vacíos. Luego aludía a las crónicas literarias de "Odiseo", para concluir considerando que "tan avinagrada y decadente como ese vino barato que fluye a raudales por las novelas urbanas de Belmar se ha ido poniendo últimamente cierta crítica literaria regional, trasnochada y flatulenta". Esto equivalía, qué duda cabe, a una bofetada en público. Sin embargo "Odiseo", vuelto a su sosegada neutralidad, casi decepcionó a muchos de sus seguidores, y aun detractores, dedicando su crónica del sábado siguiente no a continuar la esperada polémica, descalificando a "Almendra Fuica", sino a destacar sobriamente los valores estéticos de la opera prima de una joven poetisa que se abría paso en el Parnaso local. Por cierto, los lectores más perspicaces no pasaron por alto la comparación que hacía el crítico entre esta promisoria literata "grácil, tersa y vehemente" y ciertas escritoras "otoñales, desvaídas y acezantes".

Hay que apuntar, como dato entre curioso y relevante, el hecho de que don Agustín Moreno y doña Pomona Venegas viuda de Fuica, a pesar de lo restringido del mundo literario local, no se conocían, y por cierto no manifestaban ahora el menor deseo de hacerlo, de modo que su mutua animadversión era simplemente gratuita en lo personal y de base teórica en lo literario. Don Agustín Moreno jamás había visto a doña Pomona Venegas viuda de Fuica; "Odiseo" sufría la virulencia de "Almendra Fuica" y sólo de vez en cuando contraatacaba, y siempre contenidamente. Doña Pomona Venegas viuda de Fuica jamás había visto a don Agustín Moreno; "Almendra Fuica" se ensañaba sin tregua con "Odiseo". Una diferencia estaba en que, como se ha visto, "Almendra Fuica" se permitía también sesgadas o directas alusiones a la persona de don Agustín Moreno, y don Agustín Moreno sufría casi con resignación las sesgadas o directas alusiones de "Almendra Fuica" y maldecía en silencio a doña Pomona Venegas viuda de Fuica y, por extensión, aun la memoria del difunto Fuica.

Los lectores de las páginas culturales del diario Espacio y, con

mayor razón, los literatos locales, no eran indiferentes ante las agrias controversias de "Odiseo" y "Almendra Fuica". Los seguidores de "Odiseo" lo defendían con el argumento de la necesaria sobriedad de la crítica y su importante papel de testigo sereno del proceso de desarrollo literario y guía de los lectores en la jungla enmarañada de la producción local, regional, nacional y hasta universal. Los partidarios de "Almendra Fuica" alababan el hecho de que una mujer de avanzada fuera capaz de remover con su estilo directo el polvoriento ambiente cultural provinciano, machista, retrógrado y retórico. Las Cartas al Director se convirtieron, una vez más, en una tribuna privilegiada, donde por una parte se aplaudían y amplificaban las virulencias de "Almendra Fuica" y por otra parte se encomiaba y explicitaba la templanza y bonhomía de "Odiseo". Algunos lectores proclives a "Almendra Fuica", anónimos indudablemente, daban curso a su mala índole y aprovechaban de imputar, no ya a "Odiseo" sino a don Agustín Moreno, oscuras perversiones, y más de algún lector proclive a "Odiseo", sin duda también anónimamente, dejó que la mala clase hablara por él denostando las hechuras éticas y estéticas no ya de "Almendra Fuica" sino de doña Pomona Venegas viuda de Fuica.

Así pues, con esta guerra literaria hasta la vida privada de ambos críticos se vio afectada, y de modo tan lamentable como inesperado.

Ya se ha visto que don Agustín Moreno era hombre de bien. Quizás su única debilidad conocida (y comprensible) fueran las literatas jóvenes y de buen ver. Don Agustín Moreno simplemente era incapaz de resistir los encantos de las poetisas tiernas y bien dotadas. Como crítico literario, su gran lucha consistía no tanto en ponderar en exceso los méritos de las poetisas jóvenes, sino en tratar de ser objetivo con los varones y con las escritoras maduras.

Generalmente lo conseguía, de modo que por ese lado, como se ha visto, casi no tenía enemigos. Sus detractores lo acusaban más de benevolencia que de excesiva severidad.

Don Agustín tenía también sentido de las proporciones. A medida que iba envejeciendo se fue dando cuenta de que seguían gustándole las poetisas jóvenes, pero que las poetisas jóvenes se acercaban a él con menos naturalidad, ya sea con actitudes filiales o con abiertas intenciones sólo literarias, con frecuencia oportunistas. Por eso decidió poner sus ojos en escritoras algo mayores. Así fue como conoció a Lisette Palacios, profesora de literatura en el Liceo de Niñas y poeta de sobria expresividad, con quien estableció, por primera vez en su vida, una relación sentimental que podría haberse llamado estable y afectuosa. (Y que, en cualquier momento, podía derivar a un situación en que se hablara de algo tan serio como el matrimonio.) Lisette era, cosas de la vida, colega de doña Pomona Venegas viuda de Fuica en el Liceo. Lisette y doña Pomona no se llevaban muy bien. Doña Pomona, por algún motivo, ignoraba del todo la dimensión poética de Lisette, al extremo de hacer cuestión de no leer sus poemas, y la trataba como mera colega de trabajo. Incluso se negaba a colaborar en el Taller Literario, aduciendo que ella era profesora de química y no de castellano, y señalando picarescamente que la literata era Almendra Fuica. Como era de esperar, la relación entre Lisette y doña Pomona empeoró a raíz de la enconada polémica entre "Odiseo" y "Almendra Fuica". Pero, increíblemente, la situación tuvo un vuelco debido a la propia ponderación de "Odiseo". En un concurso poético del Colegio de Profesores, donde la profesora Pomona Venegas era miembro del jurado, Lisette Palacios obtuvo el segundo premio, y el crítico "Odiseo", refiriéndose a la publicación de los resultados del concurso, destacó hidalgamente los indudables méritos de la ganadora, pero

alabó con particular entusiasmo la fuerza poética de la escritora que había obtenido el segundo lugar, claro que sin cuestionar para nada la decisión de los miembros del jurado. "Almendra Fuica", con manifiesta mala intención, ignoró este hecho, y en su columna atacó a "Odiseo" por alabar a la poetisa segundona, acusándolo de favoritismos corruptos. "Odiseo" no respondió directamente a "Almendra Fuica" y volvió a referirse, si bien en forma tangencial, a los méritos de Lisette Palacios entre las poetisas de su generación. Esto no fue suficiente: parece que Lisette esperaba que "Odiseo" no sólo la aplaudiera con mayor entusiasmo y descalificara a la ganadora del primer premio, sino que contraatacara frontal y aun cruelmente a "Almendra Fuica", mas viendo que el crítico se mantenía firme en la lógica de la ponderación, no dudó en mostrar su desencanto, argumentando que no podía mantener una relación con un hombre incapaz de luchar cuando era justo y necesario. Lo concreto es que don Agustín Moreno perdió el afecto y el respeto de Lisette Palacios por causa de una malhadada polémica literaria. Y eso no es todo: las relaciones entre Lisette Palacios y Pomona Venegas se deterioraron aun más, llegando al extremo de que ni se saludaban cuando se encontraban en la sala de profesores del Liceo y, cada una por su lado, hablaba pestes de la otra.

Doña Pomona Venegas también pagó en su vida íntima un precio alto por las tensiones que su propio entusiasmo crítico creara. Doña Pomona había enviudado de don Máximo Fuica siendo todavía bastante joven. Heredó de él una añoranza apenas razonable y un montepío importante, que unido a su sueldo del Liceo le permitió dedicarse a la crítica literaria sin esperar otro beneficio que la satisfacción personal y el reconocimiento público. Doña Pomona llevaba bien su viudez, pero después de un tiempo empezó a sentirse sola. En un concierto de la Orquesta Sinfónica conoció a don Ramón Pujol

Carvajal, abogado de cierta notoriedad, viudo como ella y muy dado a actividades culturales, y fue así como entre conciertos, exposiciones y lanzamientos de libros, se fue generando entre ellos una relación sólida, casi tan sólida como para ir pensando en una segunda experiencia matrimonial. Don Ramón Pujol era colega, amigo y hasta pariente lejano de don Agustín Moreno. Cuando comenzó la polémica entre "Odiseo" y "Almendra Fuica", don Ramón consideró su deber mantenerse al margen, pues no veía en ello un compromiso personal. Don Agustín Moreno entendió perfectamente la situación y agradeció la actitud de su colega. Todo marchaba así por su curso normal y civilizado, pero cuando "Almendra Fuica" comenzó con los ataques despiadados a "Odiseo" y, peor aun, cuando multiplicó las agresiones infundadas a don Agustín Moreno, don Ramón Pujol Carvajal sintió tocada su fibra de caballero y hombre de derecho y se sintió parte de la parte ofendida, con el consiguiente distanciamiento de Pomona Venegas, quien por cierto esperaba que su amigo asumiera, y sobre todo manifestara, una clara parcialidad por ella. Pero lo cierto es que don Ramón consideró también que, que si su dama atacaba sin fundamento a un hombre de bien como don Agustín Moreno, algo peor podría esperar quien tuviera con ella una relación afectiva sancionada contractualmente. En conclusión: por causa de una malhadada polémica, en principio literaria, doña Pomona Venegas perdió el respeto, el afecto y las intenciones maritales de don Ramón Pujol Carvajal. Y eso no es todo: como consecuencia colateral de la ruptura de relaciones de don Ramón y doña Pomona, las relaciones entre don Ramón y don Agustín Moreno se enfriaron al extremo de apenas saludarse. Hay que anotar, la verdad sea dicha, que ambos eran caballeros dignos de tal nombre en todo momento: don Ramón no hablaba mal de don Agustín y don Agustín no hablaba mal de don Ramón, simplemente no se hablaban el uno al otro.

El buen paso, el regalo y el reposo allá se inventó para los blandos cortesanos; mas el trabajo, la inquietud y las armas sólo se inventaron a hicieron para aquellos que el mundo llama caballeros andantes.

(Don Quijote; I, 13)

LLEGÓ UN MOMENTO en que el Señor Director del diario Espacio se sintió obligado a intervenir en esta guerrilla literaria que había desembocado en una guerra personal de consecuencias más que lamentables y que afectaba no sólo a las partes litigantes, sino a personas del todo ajenas a escarceos literarios, y que además estaba afectando ya un prestigio cimentado en la tradicional seriedad del diario Espacio, pues habían empezado a llegar cartas de lectores que se quejaban de que el diario avalara la orientación que estaba tomando la crítica literaria en una ciudad respetable, cuna señera de la intelectualidad del Sur de Chile.

Don Fernando Raviola Mosqueira decidió tomar el toro por las astas.

Primero citó a su oficina a doña Pomona Venegas viuda de Fuica. Partió por expresarle el compromiso centenario del diario *Espacio* con la más irrestricta libertad de expresión, pero al mismo

tiempo le expresó su compromiso personal con el respeto también irrestricto por la dignidad de las personas. Luego le representó, sin más miramientos que dicho respeto, la bajeza a que había llegado la polémica supuestamente literaria entre "Almendra Fuica" y "Odiseo", para terminar solicitándole enfáticamente que en adelante, y sin perjuicio de decir todo lo que le viniera en gana acerca de las crónicas literarias de "Odiseo", omitiera en las crónicas de "Almendra Fuica" toda alusión descalificadora a la persona de don Agustín Moreno, hombre íntegro y de intachables costumbres. Doña Pomona Venegas viuda de Fuica, dama al fin honesta y de probadas rectas intenciones, entendió que así había de ser y, más aun, se disculpó ante don Fernando por haber sido tan gratuitamente agresiva con don Agustín Moreno, pero señaló que "Odiseo" tendría que seguir soportando los envites de la disidencia literaria expresados en las crónicas de "Almendra Fuica". Explicó, además, que los informes infamantes acerca de don Agustín Moreno los había obtenido de un funcionario del propio diario Espacio, quien al parecer lo quería mal. Don Fernando Raviola agradeció la excelente disposición de doña Pomona y, ese mismo día por la tarde, citó a su despacho a don Agustín Moreno, a quien dio a entender, sin entrar en detalles comprometedores, que había conversado con "Almendra Fuica" para tantear la posibilidad de que se morigerara el tono impropio que había tomado su polémica con "Odiseo". Don Agustín no necesitó de más explicaciones; dijo "así como la tolerancia y el equilibrio han sido un norte en mi vida pública y privada, así podrá esa almendra seguir esperando sólo respeto del crítico Odiseo. Por mi parte, mi buen amigo, no necesito decirle que Agustín Moreno seguirá comportándose caballerosamente con esa dama Almendra Fuica, o quienquiera que sea quien se resguarda tras tal seudónimo. V no se hable más del asunto".

Para sanear aun más el ambiente, y con la esperanza de suavizar los enconos personales que la polémica había generado, don Fernando Raviola trató un par de veces de carear a don Agustín Moreno o, si se prefiere, a "Odiseo", con doña Pomona Venegas viuda de Fuica o, si se prefiere, con "Almendra Fuica". Obtuvo, como era de esperar, dos negativas frontales. Casi con las mismas palabras, doña Pomona y don Agustín hicieron ver al Señor Director de Espacio que, si bien la desavenencia virulenta entre Pomona Venegas viuda de Fuica y Agustín Moreno Rocuant estaba superada, el abismo que separaba a "Odiseo" de "Almendra Fuica" era del todo insalvable. "Almendra Fuica" seguiría descalificando satíricamente las crónicas literarias de "Odiseo"; "Odiseo" seguiría refiriéndose desdenosamente a las crónicas literarias de "Almendra Fuica". El Señor Director era hombre sensato: entendió que tal era la dinámica de su página cultural y que, salvadas las injurias, ello hasta complacía a los lectores de Espacio. Las odiosidades literarias, por lo demás, no se zanjan así como así, y bien manejadas hasta pueden llegar a ser rentables.

Las polémicas interminables tienen además la capacidad de desgastar aun a los más enérgicos polemizantes.

Fue así como, el veintiocho de diciembre de mil novecientos noventa y cinco, por la mañana, don Agustín Moreno Rocuant fue a conversar con el Señor Director de *Espacio*. Mirando con atención, se veía ajado; hasta se hubiera dicho que arrastraba algo los pies.

—Señor Director—, dijo don Agustín de entrada, —el crítico literario Odiseo ya no puede más; las continuas punzadas ponzoñosas de que ha sido víctima por parte de ya se sabe quién, han hecho su efecto y han minado su salud, obnubilando incluso su lucidez crítica. La situación es límite. Está claro que Odiseo y un servidor necesitan unas vacaciones. Hemos mantenido una com-

postura constante, pero esa almendra rancia sacaría al propio Job de sus casillas. Señor Director, Odiseo ha decidido hacer un receso en su actividad de crítico literario y yo, por mi parte, he decidido ir a pasar el mes de enero en la pacífica localidad de Cobquecura, libre de presiones, sin tener que saber nada de libros ni de crítica literaria y, sobre todo, sin tener que saber nada de esa Almendra Fuica que me va a volver loco.

El Director entendía perfectamente bien la situación de don Agustín, pero no comprendía del todo que una malquerencia tan honda pudiera ser sólo literaria, que no tuviera algún fundamento oculto, y así preguntó derechamente:

—Dígame con franqueza, amigo don Agustín, ¿por qué esa inquina tan grande hacia doña Pomona Venegas viuda de Fuica?

Don Agustín Moreno miró a don Fernando Raviola a los ojos:

—Ya le he dicho que no conozco personalmente a esa Pomona Venegas viuda de Fuica, don Fernando, pero me la imagino una vieja fea y una vieja tan amargada como la Almendra Fuica que me amarga la existencia, y además me la imagino una vieja intrigante capaz de socavar las más sólidas relaciones por el mero placer malsano de causar daño.

Don Fernando no insistió. Sólo le deseó a don Agustín unas felices vacaciones en Cobquecura, "tierra donde toda placidez tiene su asiento".

El veintiocho de diciembre de mil novecientos noventa y cinco, por la tarde, se presentó doña Pomona Venegas viuda de Fuica a conversar con el Señor Director de *Espacio*. Doña Pomona se veía evidentemente cansada.

Sin intercambios introductorios, doña Pomona se franqueó:

—Don Fernando, este ha sido un año particularmente tenso e intenso para Almendra Fuica y para mí; el ejercicio de la crítica

literaria agota, sobre todo cuando se asume sin concesiones la bandería frontal de la polémica. Lo cierto es que Almendra Fuica y una servidora estamos más para quietudes pastoriles que para controversias, y necesitamos unas vacaciones, ajenas a libros y escarceos literarios. En concreto, he decidido hacer un receso en medio de tanta agitación; he decidido dejar en paz a Almendra Fuica e irme a pasar el mes de enero en las soledades de Cobquecura, idílica patria de Mariano Latorre.

El Director entendió perfectamente. Estaba de acuerdo con doña Pomona Venegas viuda de Fuica y con "Almendra Fuica". Además conocía bien Cobquecura, pues tenía allí una cabaña, y estaba consciente no sólo del potencial turístico de tan mítico lugar, sino también de sus propiedades terapéuticas.

Don Fernando sólo tenía un resquicio de duda que consideró oportuno tratar de resolver:

—Dígame una sola cosa, mi querida amiga Pomona; aquí entre nosotros, ¿qué le ha hecho don Agustín Moreno para haber generado en usted ese odio visceral?

Doña Pomona miró a don Fernando a la cara:

—No conozco a ese abogado aficionado a la literatura ni quiero conocerlo; mis diatribas se dirigen sólo a la inepcia crítica del tal Odiseo, sin segundas intenciones.

Don Fernando se limitó a desear una feliz estada en Cobquecura a doña Pomona Venegas viuda de Fuica y a su *alter ego* "Almendra Fuica".

Don Fernando Raviola Mosqueira, Director del diario *Espacio*, por algún motivo, sonreía.

Estos santos y caballeros profesaron lo que yo profeso, que es el ejercicio de las armas; sino que la diferencia entre mí y ellos es que ellos fueron santos y pelearon a lo divino, y yo soy pecador y peleo a lo humano. Ellos conquistaron el cielo a fuerza de brazos, porque el cielo padece fuerza, y yo, hasta agora, no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos. (Don Quijote; II, 58)

Don Agustín Moreno llegó a Cobquecura, solo, el treinta y uno de diciembre por la mañana. Se instaló, como era su costumbre, en la pensión de doña Juanita Sepúlveda, donde se come lo que se dice bien, se bebe vino decente, se duerme tibio y cómodo. En cuanto se hubo instalado, se reunió con su anfitriona y le planteó descarnadamente su situación:

—Señora Juanita, estoy viviendo un momento de mi vida particularmente difícil. Más adelante le voy a contar, con la debida calma, de qué se trata. Lo único que necesito con urgencia es descansar, y para mí descansar significa, por ahora, soledad. Quiero estar solo conmigo mismo y, a lo más, con los lobos de mar.

Doña Juanita entendió que no era el momento de entrar en detalles íntimos y le respondió "no me diga más, don Cucho; su

soledad será sagrada en esta casa y ya veremos qué dicen las lobas de mar". Doña Juanita era mujer de experiencia en la vida y de modo muy especial en el rubro gastronómico y hotelero.

Dejárame en mi rincón, sin acordarse de mí, porque quien las sabe las tañe, y bien se está San Pedro en Roma.

(Don Quijote; II, 59)

Doña Pomona Venegas viuda de Fuica llegó a Cobquecura, sola, el treinta y uno de diciembre por la tarde. Se instaló, como era su costumbre, en la casa de doña Filomena Llanos, donde se come parcamente y casi no se bebe vino, pero donde hay higiene a toda prueba, grata conversación y sólidos recuerdos de tiempos mejores. Apenas instalada, retomó junto a su anfitriona la vieja costumbre del mate, que puede tranquilizar los ánimos más alterados. Conversaron largamente de generalidades, y al llegar la hora de la cena, doña Pomona estimó oportuno plantear su personal situación:

—Menita, créame que vengo destrozada, así es que le solicito por favor que, durante el tiempo que voy a tener el gusto de permanecer en su casa, se respeten mis deseos de soledad. Si no le resulta ofensivo, por estos los primeros días, hasta quisiera cenar sola en mi habitación.

Doña Filomena, antigua profesora de la escuela de Buchupureo, dio la más sabia respuesta: doña Filomena Llanos viuda de Binimelis no dijo nada. ¿Cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrare, y de la suerte que estamos nos viere, que juzgue y crea que nosotros somos lo que somos? (Don Quijote; I, 37)

AL ANOCHECER de ese mismo treinta y uno de diciembre de mil novecientos noventa y cinco, don Agustín Moreno se dirigió a la playa, hasta llegar frente a las rocas de La Lobería, donde los lobos y las lobas de mar no cesan en su actividad; al contrario, parece que por las noches el ajetreo se hiciera más intenso entre las incertidumbres del mar, la niebla azul, el resplandor del roquerío a la luz de la luna del verano, la arena tibia y el perfume de algas frescas. Los lobos braman y mugen, las lobas cantan, los lobeznos y lobeznas retozan; se les oye echarse enérgicamente al mar y, al cabo de varios minutos, emerger, bufando por entre el espumaje de las olas, inquietos e inquietantes.

Don Agustín se sentó sobre la arena húmeda en la amplia playa sola y oscura. Las olas lo salpicaban y eso, en vez de molestarle, lo iba nimbando de serenidad.

En medio de la noche y del rumor del mar y del bullir de lobos y lobas, don Agustín presintió el ruido de unos pasos. Luego percibió una figura que se acercaba, que miró a todos lados y, creyéndose sola, se sentó en la arena, a pocos pasos de él. Pasada la primera impresión, don Agustín miró hacia la intrusa figura misteriosa con gesto hosco. Está claro que lo que él quería era estar solo en la playa frente a La Lobería, esa melancólica noche del treinta y uno de diciembre del, para él, malhadado año de mil novecientos noventa y cinco. La figura, a lo que parecía, no era consciente de no estar sola.

Poco a poco, y casi a pesar suyo, don Agustín empezó a deslindar los perfiles de la presencia intrusa. Era una mujer; era una mujer de mediana edad; era una mujer, por decirlo más claro y sin ofender, más que madura; era una mujer triste y silenciosa e inmóvil, que no miraba hacia don Agustín y, si llegaba a echar un vistazo, era un vistazo hosco. La mujer madura aquella tenía también todas las hechuras de haber querido estar sin compañía humana esa noche de fin de año en la playa de Cobquecura frente a La Lobería. Pero el hecho objetivo es que don Agustín Moreno había llegado primero. Si había esa noche en la playa de Cobquecura, frente a La Lobería, intrusos, los intrusos no eran los lobos ni las lobas de mar ni don Agustín: la única intrusa era esa mujer de mirada agresiva y canas al viento a quien don Agustín, de mirar, seguía mirando con mirar ceñudo.

Pasaron las horas. Al filo de la medianoche, las dos sombras permanecían todavía inmóviles frente al mar en la playa oscura y sola de Cobquecura, el treinta un uno de diciembre de mil novecientos noventa y cinco. Se oyeron unas campanadas lejanas. Don Agustín Moreno miró su reloj (que era un reloj *Seiko* luminoso, pero silencioso) y dijo en voz alta "son las doce de la noche". Como un caballero es un caballero cualesquiera sean las circunstancias, miró hacia la mujer madura y misteriosa, dijo "feliz Año

Nuevo, señora." y murmuró para sí "como si yo, pudiera mencionar esa palabra".

La mujer no se movió. Echó una mirada rápida hacia don Agustín y dijo, ahora sin hosquedad, pero sin complacencia, "feliz Año Nuevo, señor"; murmuró para sí "felicidad para los demás, si es que ello es posible", y retornó el mutuo silencio.

A eso de las dos de la madrugada el viento cesó. La neblina se disipó. El mar se calmó. Los lobos y las lobas se sosegaron bastante; los lobos más viejos y los cachorros se retiraron a dormir y sólo los más jóvenes parecían continuar los ritos de celebración de la noche cobquecurana, que en La Lobería parece siempre noche de Año Nuevo. La temperatura subió. Las dos sombras de la playa permanecían inmóviles, cada una inmersa en lo suyo.

De pronto, la dama madura miró hacia don Agustín; sin agresividad alguna dijo "me llamo Amanda y vine aquí porque quería estar sola".

Don Agustín respondió "yo me llamo Amador y esta noche quería estar solo en esta playa, frente a La Lobería" y agregó en seguida "pero usted no me molesta, Amanda".

"Amanda" dijo "usted tampoco me molesta, Amador", y casi sin pausa precisó "al contrario, Amador".

Don Agustín, o ahora quizás más propiamente "Amador", sólo dijo "gracias, Amanda".

De entre las soledades de La Lobería se escuchaban unos suaves gruñidos, se presentían intensos jugueteos regocijados.

—A estas horas los lobos y las lobas de mar se aman, Amanda—, dijo "Amador"; —se revuelcan entre las olas en un ritual frenético, celebrando la vida.

—Así es, Amador—, dijo "Amanda", —lobos y lobas se aman

por mero amor a la vida—, y se levantó lentamente y se acercó hasta sentarse junto a "Amador".

"Amanda" usaba un perfume de la línea marina de *Estée Lau-der*, un perfume playero y nocturno que se disipaba con inocencia natural en la brisa húmeda. "Amador" aspiró la brisa húmeda y, siguiendo el rastro del perfume *Estée Lauder*, un estremecimiento le hizo saber que había llegado hasta la más honda intimidad de "Amanda". Quedó unos segundos inmóvil, fascinado.

- —Amanda, me encanta su perfume—, pudo, por fin, susurrar "Amador", y "Amanda" le respondió en el mismo tono susurrante:
- —Gracias, Amador; es un perfume marino de *Estée Lauder*, que se desvanece en la bruma.

"Amador" musitó "Amanda, no es por menospreciar el perfume marino de *Estée Lauder*, pero lo que verdaderamente me fascina es sentir cómo perfuma usted esta noche de Año Nuevo" y "Amanda" sólo dijo "gracias".

"Amanda" buscó la mirada de "Amador" en la sombra. Cuando las miradas se encontraron, "Amador" estiró los brazos y halló los brazos estirados de "Amanda" y entonces, sin más, "Amador" y "Amanda" se abrazaron en un abrazo perfumado y comenzaron a besarse con silenciosa convicción.

"Amanda" y "Amador" se besaron largo rato en la solitaria playa de Cobquecura, frente a La Lobería. Se besaban, tomaban aliento, sonreían, se miraban con pasión y volvían a besarse interminablemente. "Amador", en un respiro, decía de pronto "Amanda, eres maravillosa, eres más dulce y balsámica que la soledad que yo buscaba", y "Amanda" decía "yo vine a estas soledades en busca de soledad y hallé a mi Amador", y volvían a besarse.

En un nuevo respiro, "Amanda" buscó nuevamente los ojos de "Amador":

—Mi amado Amador, quiero que sepas que hasta esta noche, hasta antes de encontrarte, mi nombre era otro, un nombre que yace en el olvido, porque desde ahora sólo soy la verdadera Amanda, cautiva de su dulce Amador.

"Amador", antes de responderle, la besó con suavidad en la frente:

—Como quiera que te hayas llamado hasta esta noche, para mí eres sólo mi amable Amanda amada—, y volvieron a besarse con pasión tendidos en la arena húmeda y ya cálida de la playa en la noche del Año Nuevo cobquecurano.

Llevado por la lógica de la pasión, "Amador" comenzó a acariciar los senos de "Amanda" y "Amanda", sin violencia pero con decisión, se puso de pie. Dijo "Amador, el verano es largo y la noche es breve" y le estiró una mano suave, que "Amador" besó con caballerosidad y, poniéndose de pie dijo "buenas noches, Amanda amada", y entonces "Amanda" comenzó a alejarse sin prisa en dirección al pueblo, dejando apenas la marca de sus huellas en la arena que ya recibía por oriente las primeras señas de la claridad del primer día de mil novecientos noventa y seis.